



## EL SOCIALISTA

**José Ignacio González Faus**  
Responsable académico  
de 'Cristianismo y Justicia'

Como información mínima para quienes no lo sepan. Alfonso Comín estuvo, allá por los años 50, entre los fundadores del FLP (o "felipe") que, entre otras cosas, pretendía ofrecer a los cristianos un espacio neto de militancia socialista, y del que acabó siendo excluido más tarde, cuando su ida a Málaga, por "demasiado testimonial". Militó después, hacia los años 60, en Bandera Roja, de donde pasó al PSUC (versión catalana del PC), del que acabó siendo dirigente. Todos ellos eran partidos ilegales en la época franquista.

El socialismo de Alfonso tuvo siempre una vertiente económica y otra cultural. Dando por supuesta la primera, pero sin trabajarla, Comín atendió más a la segunda. Apenas escribió sobre el modelo económico de su socialismo: rechazaba la absoluta planificación central de la URSS, pero no entró en la elaboración de alternativas, ni conoció modelos como el de D. Schweickart<sup>1</sup>, o la sugerencia de una planificación descentralizada que aparece en la *Laborem exercens* de Juan Pablo II. En esta breve nota, por tanto, voy a comentar más esos otros aspectos del socialismo de Alfonso que he llamado culturales.

Para empezar, su obra *Por qué soy marxista y otras confesiones*<sup>2</sup> arranca con la siguiente confesión: "Yo cristiano-marxista, nacido bajo el franquismo"... Este dato es fundamental. Alfonso constató que "la guerra civil española había desgarrado el país

en dos: vencedores y vencidos". Y la primera obligación que le impuso su fe fue la de saltar al campo de las víctimas, él que procedía del de los vencedores. Este paso no fue fácil ("debimos renunciar rápidamente —con ciertos desgarros familiares y sociales— a la herencia que 'nos pertenecía'"), pero sí profundamente cristiano. Ahora bien, pasar al campo de los vencidos equivalía en aquel contexto histórico no sólo a pasar a la clandestinidad, sino a entrar en el área del comunismo. Él mismo explica el dato, hoy tan interesadamente olvidado, de que "la única fuerza operante en la lucha clandestina y en la resistencia era el comunismo". A la luz de este proceso, uno no puede menos de recordar al gran K. Barth, militando en el partido comunista suizo, por los años en que Hitler acusaba del incendio del Reichstag a la —entonces llamada— socialdemocracia, como excusa para acabar con ellos.

Este paso, que tuvo algo de obediencia a la propuesta evangélica de "dejar padre, madre, hermanos"... se encontró también con la promesa evangélica de recibir un ciento por uno: para empezar, potenció todas las capacidades intelectuales de Alfonso. Como él mismo constatará más tarde, "el franquismo no pudo generar ningún pensamiento propio". El Comín tráfuga (y "traidor" para muchos), sí que pudo generarlo. Pero, además, la motivación cristiana que sustentaba ese "descenso" acabó siendo un revulsivo fecundo para uno y otro lado: él mismo se definirá después como "cristiano en el Partido y comunista en la Iglesia". Y no es de extrañar que esa dialéctica "trastorne posiciones cristiano-conservadoras y marxista-dogmáticas": la de la "incompatibilidad absoluta" entre marxismo y cristianismo (que formulada así



no era más que una sutil forma de auto-defensa, aún en vigor) y la del “partido confesional ateo” (que en muchos comunistas de entonces sólo era un fundamentalismo inconsciente y *avant la lettre*).

En ambos frentes encontró posiciones formalmente muy similares, a pesar de sus grandes distancias de contenidos: a la del papismo antievangelico de muchos católicos, que siguen creyendo que la Iglesia “es” el papa y lo que dice el papa “es” la Palabra de Dios para hoy, le correspondía el estalinismo ciego y antisocialista de quienes proclamaban que “Stalin y el comunismo eran una misma cosa: o con él o contra él”. En nombre del comunismo, escribió, ya en 1956, un duro artículo en *El Ciervo* contra la invasión soviética de Hungría y en defensa de las víctimas socialistas de esa invasión. Mal recibido entonces, los hechos posteriores acabarían dándole la razón, incluso ante muchos marxistas. En nombre del socialismo, se opuso a los que le inductrinaban que “mejor equivocarse con el Partido que acertar fuera de él”: Alfonso podía ser comprensivo con una postura así en situaciones de clandestinidad y persecución, como la del PC en la España de entonces. Pero no en una situación como la de los países del Este, donde el Partido estaba en el poder. Y en nombre del socialismo (y del Evangelio), resistió a la catequesis que ofrecían muchos comunistas de entonces, y que él mismo resume así: “Si deseáis ser consecuentemente revolucionarios, hombres de cuerpo entero sin taras intelectuales y morales, debéis militar en el Partido, única identidad revolucionaria posible; entonces, lógicamente, abandonaréis la fe, esa enfermedad infantil de idealistas cristianos”.

En todo este contexto histórico, es donde cobra su verdadero relieve la lista de Declaraciones y modificación de Estatutos, tanto del PSUC como del PCE, que fueron apareciendo desde 1975 a 1978 y que fueron reconociendo que “el cristianismo no es forzosamente alienante, no siempre es opio del pueblo”; o que existe en el Partido “una corriente cultural que viene del cristianismo” (Santiago Carrillo); o que el PCE es “un partido laico, que respeta las tendencias religiosas y admite también en su seno a quienes las profesan”. No creo exagerado ver en estas declaraciones un fruto, no sólo de la lucha obstinada, sino también del testimonio coherente de Alfonso. Esto implicaría después, para él y para otros muchos, aquel difícil problema de la doble fidelidad (expresión muy de aquella época, hoy casi desconocida), o de la “fidelidad conflictiva”: expresión que más tarde pareció retomar Pedro Casaldàliga, quizá sin saberlo, en el título de la primera obra suya que leí: *En rebelde fidelidad*. En resumen: una nueva lectura del Evangelio, que acabaría cuajando en el Vatica-

no II y que estaría resumida en una frase de J. B. Metz que he citado en otras ocasiones<sup>4</sup>, le llevó a una nueva lectura de la guerra civil; y la necesidad de radicalizar este proceso le llevó a los partidos marxistas. Un proceso de este tipo no fue exclusivo de Alfonso. Él mismo reconoce que, hacia 1977, “la militancia de cristianos en partidos de izquierdas es muy apreciable”. En un estudio más pormenorizado, habría que prestar atención al papel que, para Alfonso, jugó en esa evolución el pensamiento de E. Mounier. No es ahora momento de hacer eso, pero sí que conviene evocarlos para comprender la inserción de Comín en la rama que luego se denominaría “marxismo humanista”. “Un marxismo humanista —escribirá— que renuncia a sacrificar al hombre por la especie”, y que él veía bien expresado en estas palabras de Manuel Sacristán: “El marxismo es propiamente una tradición emancipatoria moderna, una tradición del movimiento obrero, no un sistema teórico; su interpretación y fijación como sistema teórico es un elemento de la ideología legitimadora de varios Estados y grupos dirigentes políticos, y una rutina de grupo —también ideológica y legitimadora— de los profesores del Este y del Oeste, principalmente de los de economía y filosofía”<sup>5</sup>. Todo esto le permitirá una serie de precisiones que ahora no hacen al caso: la distinción filosófica entre materialismo histórico y materialismo dialéctico (el único que, además de falso, es necesariamente ateo). O un criterio de verdad encarnado en la frase de Mounier que a él le gustaba citar: “La verdad, Pilatos, es estar al lado de los pobres”, no necesariamente al lado del Partido (ni de la Curia Romana). Y de esas precisiones brotarán dos actitudes importantes: serena convicción de que “cris-

## NOTAS

1. *Against Capitalism*. Hay traducción castellana en Sal Terrae con el título algo suavizado de *Más allá del capitalismo*. Cito expresamente esta obra porque ha sido muy trabajada y difundida por su hijo Toni.
2. De esta obra proceden también todas las palabras de Alfonso que aparezcan entre comillas y sin ninguna otra referencia.
4. La expresión “enfermedad infantil” evoca en seguida el célebre título de Lenin *El izquierdismo, enfermedad infantil del socialismo*. Y obliga a constatar cómo se ha trasladado la acusación del ruso: de un radicalismo imposible, lo infantil ha pasado a caracterizar al potencial revolucionario del cristianismo.
4. “El carrusel de la política se movería más bien hacia la izquierda si girase según la melodía del Evangelio” (*Más allá de la religión burguesa*, p. 69).
5. En *Materiales*, marzo-abril 1978.

tiano no es igual a revolucionario de segunda”. Pero también una tranquila crítica a la tendencia de los partidos a convertirse en iglesias; una crítica que reclama “partidos que dejen de ser ‘Iglesias’, con una doctrina aplicable al exterior, pero puesta en sordina a la hora de sus propios debates y normas de funcionamiento”.

No hace falta decir que hoy han cambiado las cosas, y cómo. No sólo por la caída de los países del Este en 1989, sino por una serie de consecuencias que esa caída va teniendo entre nosotros: la estructuración de la sociedad en torno al “individualismo posesivo” de Locke (por más que, de vez en cuando, hagamos una apelación a la visión política de Kant para disimular que Europa ha traicionado sus “raíces kantianas”, y no sólo su raíces cristianas); o la tesis de la postmodernidad de que lo humano es renunciar a las grandes empresas (salvo las tecnológicas); y la decisión de los Estados Unidos de “ejercer como imperio” y presentar ese ejercicio como “extensión de la democracia” y globalización del planeta... Alfonso no pudo prever estos cambios, porque no eran necesarios, sino fruto de nuestra libertad. Pero, para nosotros, sí que era necesario acercarnos al contexto de entonces, tan distinto, para entenderle mejor. He comentado a veces, con alguien de su familia, si nuestra pregunta hoy había de apuntar sólo a saber bien qué dijo Alfonso, o a intentar adivinar qué diría hoy Alfonso, aun con el riesgo de manipulación que conlleva siempre esta forma de pregunta. Me inclino más bien por esta segunda opción pero, para evitar manipularle, será mejor formularla no en forma de afirmaciones, sino de preguntas. Pondré algunos ejemplos para concluir.

Me parece legítimo preguntar si hoy, vista la impenitente eclesialización de los partidos que él denunciara, el Alfonso militante clandestino de los 60 estaría en algún partido o preferiría aplicar con radicalidad la primera de las preferencias que él mismo había redactado: no el poder, sino la humildad... Me he preguntado, por el lado contrario, si no daría hoy más relieve a la crítica que ya formuló en sus años jóvenes contra los militantes de movimientos cristianos (“muchos cayeron en un apoliticismo purista de confuso signo cristiano, impregnado de antipartidismo”). Me sigo preguntando dónde se situaría hoy para Alfonso aquella verdad irrenunciable que consiste en “ponerse al lado de los pobres”, vista la tibieza innegable de que hacen gala en este punto aun los partidos que más se reclaman de la izquierda, pero que prefieren esa izquierda fácil de las reivindicaciones sexuales o anticlericales...

No tengo yo la respuesta a estas preguntas, por supuesto. Pero creo que el solo preguntar ya es muchas veces una forma de hacer camino. Por eso las dejo aquí.